

NUNCA NOCHE

Traducción de
Manu Viciano

JAY KRISTOFF

 NOCTURNA
EDICIONES

JAY KRISTOFF

NUNCA NOCHE

Traducción del inglés

Manu Viciano

 NOCTURNA
EDICIONES

≠

Título original: *Nevernight*

Copyright © Neverafter Pty Ltd., 2016

Publicado inicialmente por St. Martin's Press

Derechos de traducción gestionados por Adams Literary y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

Traducción de Manuel Viciano, cedida por

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

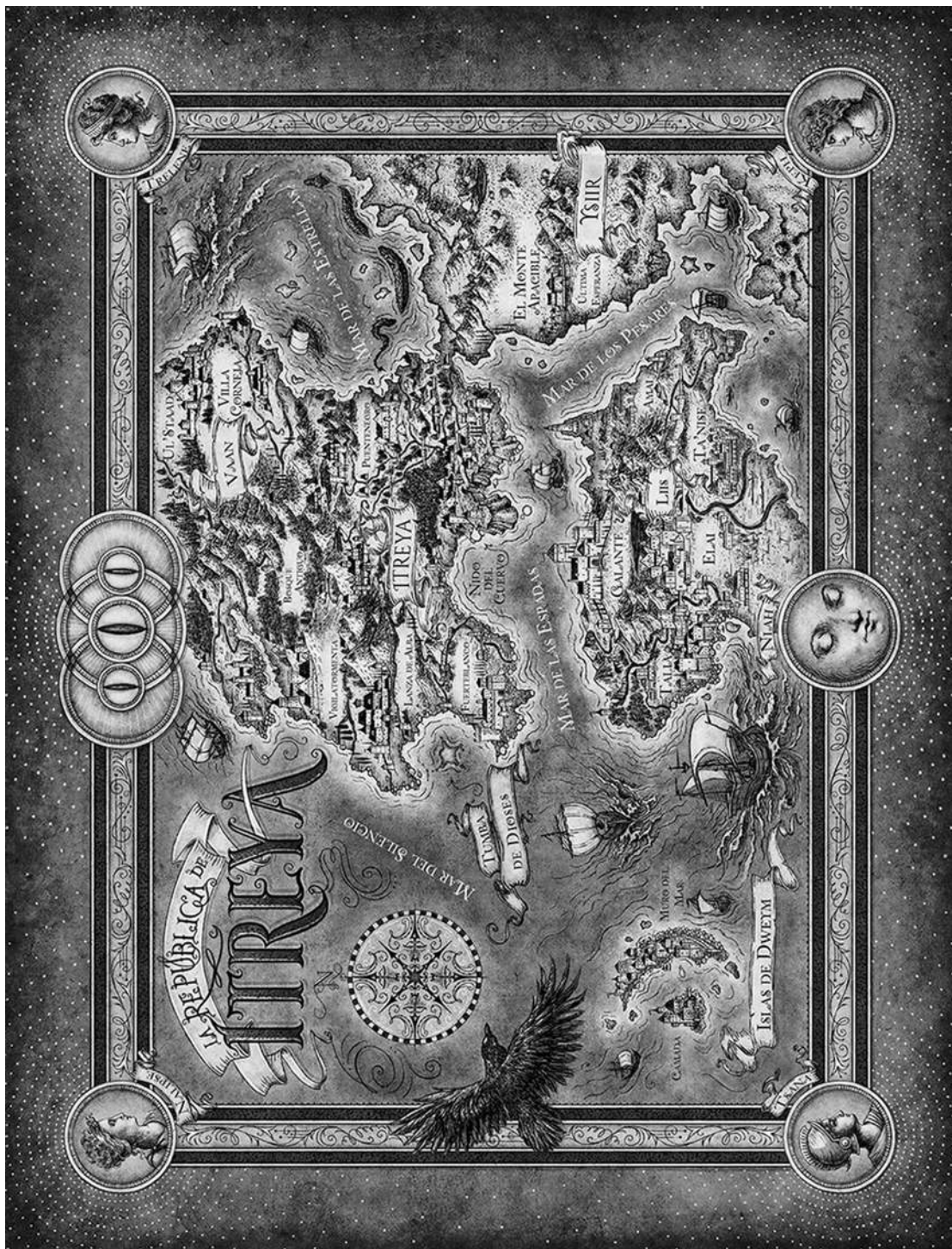
Primera edición en Nocturna: julio de 2021

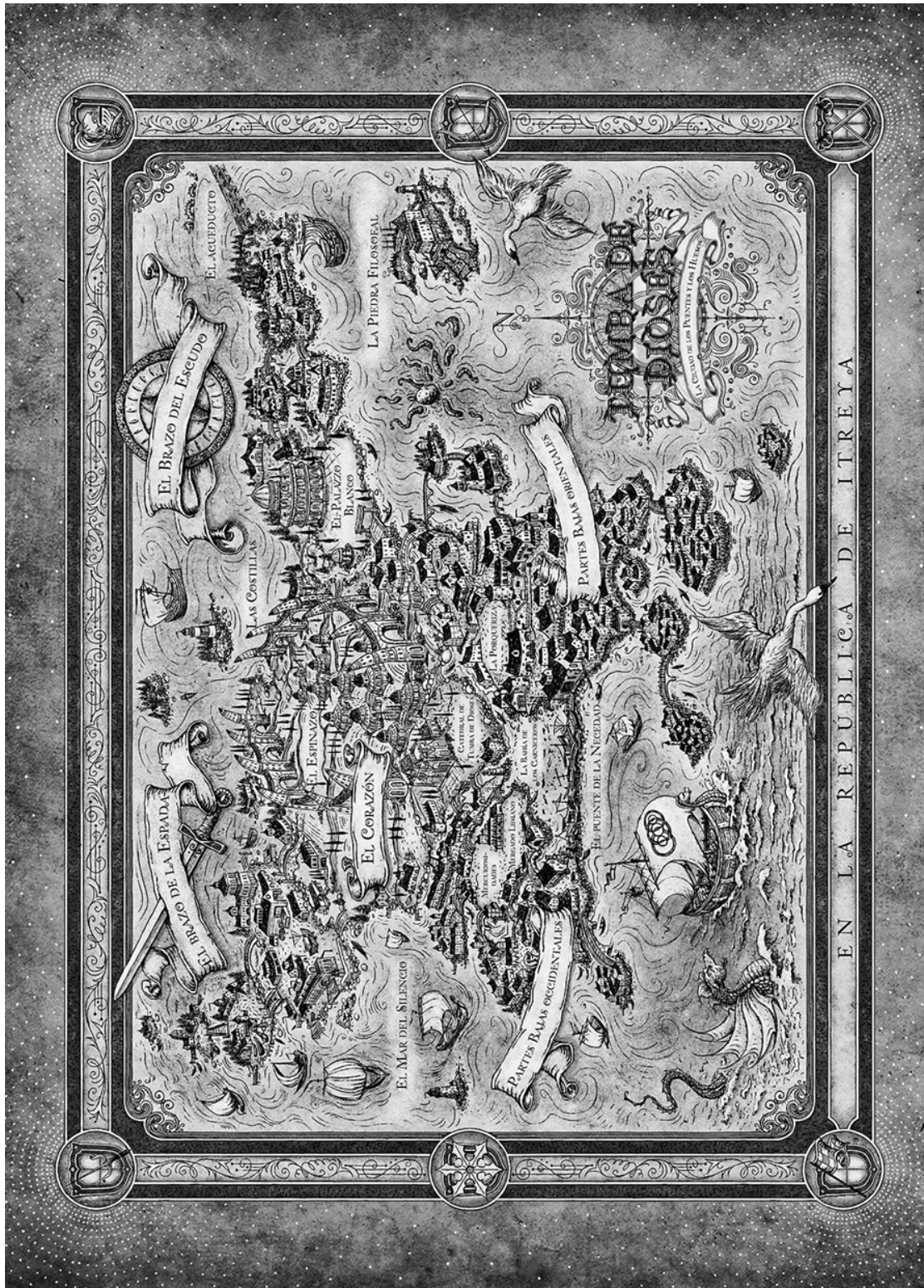
Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-18440-10-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mis hermanas
luz y oscuridad y todo lo hermoso que hay en medio*





No hay sombra sin su luz,
el día por siempre persigue a la noche,
entre el negro y el blanco
está el gris.

ANTIGUO PROVERBIO YSIIRI

NUNCANOCHE

CAVEAT EMPTOR

La gente suele cagarse encima cuando se muere.

Sus músculos se relajan, su alma revolotea en libertad y lo que queda... sale fuera, sin más. Aun con la adoración que su público profesa a la muerte, los dramaturgos rara vez mencionan este hecho. Cuando nuestro héroe exhala por última vez en brazos de su heroína, nunca se refieren a la mancha que se extiende por sus calzas ni al olor que inunda de lágrimas los ojos de ella mientras se inclina para darle su beso de despedida.

Menciono esto a modo de advertencia, oh, gentiles amigos, de que vuestro narrador no comparte tales reparos. Y si las desagradables realidades del derramamiento de sangre os revuelven las entrañas, sabed desde el principio que estas páginas que tenéis en las manos hablan de una chica que fue al asesinato lo que los virtuosos a la música. Que hizo a los finales felices lo que una sierra hace a la piel.

Ella está muerta ya, noticia que iluminará el rostro tanto de malvados como de justos. Atrás quedaron las cenizas de una república. Una ciudad de puentes y huesos yace en el fondo del mar por sus actos. Y sin embargo, sin duda ella daría con la forma de matarme si supiera que he plasmado estas palabras sobre el papel. Me abriría en canal y me

dejaría para la hambrienta Oscuridad. Pero creo que alguien debe al menos intentar separarla de los embustes que se han contado sobre ella. Por medio de ella. Por parte de ella.

Alguien que la conoció de verdad.

Una chica a la que algunos llamaron Hija Pálida. O la Coronadora. O Cuervo. Pero a la que la mayoría no llamó de ningún modo. Una asesina de asesinos, la cifra exacta de cuya cuenta de finales sólo conocemos la diosa y yo. ¿Fue famosa o infame por esa cifra al término de sus días? ¿Por tanta muerte? Confieso que nunca he sabido ver la diferencia. Pero es que yo nunca he visto las cosas como las veis vosotros.

Nunca he vivido del todo en el mundo que llamáis propio.

Ni ella tampoco, en realidad.

Creo que por eso la amaba.

libro 1

CUANDO TODO
ES SANGRE

CAPÍTULO 1

Primeras veces

El chico era hermoso.

Una piel suave como el caramelo, una sonrisa dulce como la melaza. Unos rizos negros al borde de pasarse de alborotados. Manos fuertes, músculo duro y unos ojos... Oh, Hijas, sus ojos. Cinco mil brazadas de profundidad. Te absorbían entre risas incluso mientras te ahogaban.

Los labios del chico rozaron los de ella, cálidos y sonrientes y suaves. Se habían quedado de pie, enredados, en el puente de los Susurros, un sonrojo púrpura destacado contra las curvas del cielo. Las manos del chico habían recorrido la espalda de ella, con una corriente de hormigueos. El leve roce de sus lenguas le había dado escalofríos, acelerado el corazón y provocado que sus entrañas ardieran de anhelo.

Se habían separado como bailarines antes de que se detuviera la música, con sus cuerdas aún vibrantes. Ella había abierto los ojos y lo había encontrado mirándola a través de la luz neblinosa. Por debajo de ellos arrullaba un canal de lento fluir, que se desangraba en el océano. Como ella deseaba que hiciera. Como debía. Rezando por no ahogarse.

Su última nuncanoché en la ciudad. Una parte de ella no quería despedirse. Pero antes de su partida, quiso saberlo. Se debía a sí misma eso, al menos.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella había alzado la mirada hacia sus ojos.

Lo había cogido de la mano.

—Estoy segura —susurró.

El hombre era repugnante.

Una piel esclerótica, un mentón escaso y perdido entre pliegues de grasa con barba de pocos días. Un reflejo de saliva en su boca, el beso del whisky extendido por las mejillas y la nariz, y unos ojos... Oh, Hijas, sus ojos. Azules como el cielo quemado por los soles. Relucientes como estrellas en la quietud de la veroscuridad.

Los labios del hombre sorbieron de la jarra, apurando los posos mientras la música y la risa lo envolvían. Se meció en el corazón de la taberna un momento más, lanzó una moneda a la barra de madera de jabí y salió trastabillando a la luz de los soles. Los ojos del hombre recorrieron los adoquines que tenía delante, nublados por la bebida. Las calles empezaban a llenarse y el hombre se abrió camino entre el gentío, deseando sólo llegar a casa y entregarse a un sueño sin sueños. No miró hacia arriba. No distinguió la silueta agachada sobre una gárgola de piedra en el tejado de enfrente, ataviada de blanco yeso y gris mortero.

La chica lo observó alejarse renqueando por el puente de los Hermanos. Levantó su máscara de arlequín para dar

una calada al cigarrillo y dejó un rastro de humo con aroma a clavo en el aire. La visión de la sonrisa carroñera del hombre y sus manos en carne viva por las cuerdas le dio escalofríos, le aceleró el corazón y provocó que sus entrañas ardieran de anhelo.

Su última nuncanoché en la ciudad. Una parte de ella aún no quería despedirse. Pero antes de su partida, quiso que él lo supiera. Le debía eso, al menos.

Una sombra que adoptaba la forma de un gato estaba sentada en el tejado junto a ella. Era plana como el papel y semitraslúcida, negra como la muerte. Tenía la cola enroscada en torno al tobillo de la chica, casi con aire posesivo. La fría agua manaba fuera de las venas de la ciudad hacia el océano. Como ella deseaba que hiciera. Como debía. Todavía rezando por no ahogarse.

—... ¿estás segura?... —preguntó el gato que era sombras.

La chica vio cómo su objetivo se escabullía hacia su cama.

Asintió con la cabeza, despacio.

—Estoy segura —susurró.

La habitación era pequeña y austera, lo único que podía permitirse. Pero ella había puesto velas de rosagría, un ramillete de nenúfares y sábanas blancas limpias, con las esquinas bajadas como para invitar al chico, que había sonreído ante la dulzura algodonosa de la escena.

Desde la ventana, la chica había contemplado la antigua y grandiosa ciudad de Tumba de Dioses. El mármol blanco y el ladrillo ocre y las elegantes agujas que besaban el cielo quemado por los soles. Al norte, las Costillas se alzaban decenas de metros hacia los cielos rojizos, con diminutas ventanas que miraban desde apartamentos excavados en el viejo hueso. Del hueco Espinazo manaban canales que se entrecruzaban en la piel de la ciudad como las redes de arañas enloquecidas. Las largas sombras envolvían las concurridas aceras mientras la luz del segundo sol se apagaba —el primer sol llevaba ya mucho tiempo desaparecido— y dejaba a su tercer, hosco y rojo hermano de guardia frente a los peligros de la nuncanoché.

¡Oh, ojalá hubiera habido veroscuridad!

De haberla, él no la vería.

No estaba segura de querer que la viera haciendo aquello.

El chico se acercó a ella por detrás, envuelto en sudor fresco y tabaco. Le rodeó la cintura con las manos y surcó sus caderas con unos dedos de hielo y llama. Ella respiró más fuerte, estremeciéndose en algún lugar profundo y antiquísimo. Las pestañas le hicieron cosquillas como alas de mariposa en la mejilla, mientras las manos de él ascendían en torno a su ombligo, bailaban sobre sus costillas, cada vez más arriba, hasta terminar envolviendo sus pechos. Sintió un cosquilleo y la piel de gallina al notar el aliento del chico en su pelo. Arqueó la espalda y se apretó contra la dureza del vientre de él, con una mano enredada

en sus rizos rebeldes. No podía respirar. No podía hablar. No quería que aquello empezara ni que terminara.

Se volvió, suspiró con el nuevo encuentro de sus labios y llevó unos dedos torpes a los gemelos de las mangas arrugadas del chico, toda zarpas y sudor y temblores. Se quitaron las camisas y ella apretó sus labios contra los de él mientras se hundían en la cama. Ya sólo estaban los dos. Piel contra piel. Ya no alcanzaba a saber si eran sus gemidos o los del chico.

La insoportable ansia la empapó del todo y exploró con manos temblorosas los contornos del pecho del chico, suaves como la cera, y luego la dura línea en forma de uve que bajaba hasta sus bombachos. Metió los dedos por debajo y rozó un calor palpitante, duro como el hierro. Aterrador. Embriagador. Él gimió y se estremeció como un potro recién nacido con las caricias, suspirando en torno a su lengua.

La chica nunca había estado tan asustada.

Ni una sola vez en sus dieciséis años de vida.

—Joder —había susurrado.

La habitación era lujosa, de las que sólo los más ricos podían permitirse. Pero había botellas vacías sobre la cómoda y flores muertas en la mesita de noche, marchitas en el rancio olor de la miseria. La chica se consoló al ver a aquel hombre al que odiaba tan adinerado y tan absolutamente solo. Lo observó desde fuera de la ventana mientras el hombre colgaba su levita y apoyaba un

tricornio maltrecho en una garrafa seca. Intentó convencerse de que podía hacerlo. De que era dura y afilada como el acero.

Desde el tejado de enfrente, la chica contempló la ciudad de Tumba de Dioses. Los adoquines ensangrentados y los túneles ocultos y las altas catedrales de brillante hueso. Las Costillas apuñalaban el cielo por encima de ella, y los retorcidos canales fluían del encorvado Espinazo. Las largas sombras envolvían las concurridas aceras mientras la luz del segundo sol se apagaba aún más —el primer sol llevaba ya mucho tiempo desaparecido— y dejaba a su tercer, hosco y rojo hermano de guardia frente a los peligros de la nuncanoches.

¡Oh, ojalá hubiera habido veroscuridad!

De haberla, él no la vería.

No estaba segura de querer que la viera haciendo aquello.

Extendiendo unos dedos hábiles, atrajo las sombras hacia ella. Tejió y retorció las finas hebras negras hasta hacerlas fluir sobre sus hombros como una capa. Se esfumó de la vista del mundo, se volvió casi traslúcida, como una manchita en un paisaje pintado de la ciudad. Saltó el vacío que la separaba de la ventana del hombre y se encaramó al alféizar. Después de abrir deprisa el cristal, se coló en la habitación que había al otro lado, silenciosa como el gato hecho de sombras que la seguía. Sacó un estilete del cinturón y respiró más fuerte, estremeciéndose en algún lugar profundo y antiquísimo. Agachada e invisible en una

esquina, con las pestañas haciéndole cosquillas como alas de mariposa en la mejilla, vio cómo el hombre llenaba una copa con manos temblorosas.

Respiraba demasiado fuerte, con las lecciones que había aprendido revueltas en la mente. Pero el hombre estaba demasiado atontado para reparar en ella, perdido en algún recuerdo de los crujidos de mil cuellos estirados, de mil pares de pies bailando al son del verdugo. Los nudillos de la chica se volvieron blancos sobre el puño de la daga mientras observaba desde la penumbra. No podía respirar. No podía hablar. No quería que aquello empezara ni que terminara.

El hombre suspiró tras beber de su copa y se llevó unos dedos torpes a los gemelos de sus mangas arrugadas, todo zarpas y sudor y temblores. Se quitó la camisa, cojeó sobre los tablones y se hundió en la cama. Ya sólo estaban los dos, aliento contra aliento. Ya no alcanzaba a saber si sería su final o el del hombre.

La espera era insoportable y el sudor la empapó del todo mientras la oscuridad se estremecía. Recordó quién era, lo que se había llevado ese hombre y todo lo que se desataría si fallaba. Se armó de valor, se quitó su capa de sombras y salió para enfrentarse a él.

El hombre ahogó un grito y saltó como un potro recién nacido mientras ella se asomaba a la roja luz de los soles con una sonrisa de arlequín en lugar de la propia.

La chica nunca había visto a nadie tan asustado.

Ni una sola vez en sus dieciséis años de vida.

—Joder —susurró.

El chico se había puesto encima, con los bombachos en los tobillos. Sus labios en el cuello de ella y ella con el corazón en un puño. Había transcurrido una eternidad, en algún punto entre el anhelo y el temor, el amor y el odio, y entonces lo había sentido, cálido e increíblemente duro, apretando contra la suavidad entre sus piernas. Inhaló, quizá para hablar —pero ¿qué iba a decir?— y llegó el dolor, el dolor, oh, Hijas, cómo dolía. Él estaba dentro de ella —eso estaba dentro de ella—, tan duro y auténtico que no pudo evitar un grito y morderse el labio para evitar que llegaran más.

El chico había sido descuidado, indiferente, aplastándola con su peso mientras empujaba una y otra vez. No se parecía en nada a las dulces ensoñaciones con que ella había llenado aquel momento. Las piernas abiertas y un nudo en el estómago y patadas contra el colchón deseando que él parara. Que esperara.

¿Era eso lo que debía sentir?

¿Era así como debía ser?

Si la cosa se torcía más tarde, aquella sería su última nuncanoché en el mundo. Y sabía de antemano que el primero solía ser el peor. Se había creído preparada: lo bastante blanda, lo bastante húmeda, lo bastante deseosa. Había creído que lo que decían las otras chicas de la calle entre risitas y miradas intencionadas no se cumpliría para ella.

—Cierra los ojos —le habían aconsejado—. No tardará demasiado en terminar.

Pero el chico pesaba mucho y ella intentaba no llorar, y deseó que no tuviera que ser de aquella forma. Había soñado con aquel momento, confiado en que sería un poco especial. Pero estando allí, lo consideró un asunto torpe y burdo. No había magia, ni fuegos artificiales, ni gozo a puñados. Sólo la presión del chico contra su pecho, el dolor de sus embestidas y los ojos de la chica cerrados mientras daba respingos, ponía muecas de dolor y esperaba a que terminara.

El chico llevó sus labios a los de ella y los dedos a su mejilla. Y en ese instante hubo un atisbo de aquello, una dulzura que la hizo estremecerse de nuevo, pese a lo incómodo y lo asfixiante y lo doloroso que estaba siendo. Le devolvió el beso y notó un calor por dentro, que la inundó y la llenó mientras todos los músculos del chico se tensaban. Él apretó la cara contra el pelo de ella, se estremeció con su pequeña muerte y terminó derrumbado sobre ella, blando, extinguido y laxo.

Allí tumbada, la chica respiró hondo. Se secó el sudor ajeno de los labios. Suspiró.

Él bajó rodando y se desplomó en las sábanas junto a ella. Al meter la mano entre las piernas, la chica encontró humedad, dolor. Le manchaba las yemas de los dedos y los muslos. Manchaba las sábanas blancas limpias con las esquinas bajadas, como para invitar al chico.

Sangre.

—¿Por qué no me has dicho que era tu primera vez? — preguntó él.

La chica no respondió. Tenía la mirada fija en el brillo rojo de sus dedos.

—Lo lamento —susurró él.

Entonces sí que lo miró.

Apartó la mirada igual de deprisa.

—No tienes nada que lamentar.

La chica se había puesto encima, reteniendo al hombre con las rodillas. La mano de él en la muñeca de ella y el estilete de la chica en su garganta. Transcurrió una eternidad, en algún punto entre la lucha y los siseos, los mordiscos y las súplicas, y por fin el puñal se había hundido, afilado e increíblemente duro, a través del cuello hasta rasparle la columna vertebral. El hombre se esforzó en inhalar, quizá para hablar —pero ¿qué iba a decir?—, y entonces ella vio en sus ojos el dolor, el dolor, oh, Hijas, cómo debía de dolerle. Eso estaba dentro de él —ella estaba dentro de él —, clavado con fuerza mientras el hombre intentaba un grito y ella le tapaba la boca con la mano para evitar que llegaran más.

El hombre estaba aterrado, desesperado, dando manotazos a su máscara mientras ella hacía girar la hoja. No se parecía en nada a las espantosas ensoñaciones con que ella había llenado aquel momento. Las piernas abiertas y el cuello sangrando a borbotones, y patadas contra el colchón deseando que ella parara. Que esperara.

¿Era eso lo que debía sentir?

¿Era así como debía ser?

Si la cosa se hubiera torcido, aquella habría sido su última nuncanoché en el mundo. Y sabía de antemano que el primero solía ser el peor. Había creído que no estaría preparada: le faltaría fuerza, le faltaría frialdad. Había creído que las palabras tranquilizadoras del viejo Mercurio no se cumplirían para ella.

—Recuerda respirar —le había aconsejado—. No tardará mucho en terminar.

Él se revolvía y ella le impedía el movimiento, y se preguntó con todo su ser si siempre sería de aquella forma. Había imaginado que quizá aquel momento le diera cierta sensación de maldad. Un diezmo que pagar, no un instante que saborear. Pero estando allí, lo consideró un asunto hermoso y grácil. La columna vertebral del hombre arqueándose debajo de ella. El miedo en sus ojos cuando le arrancó la máscara de la cara. El resplandor de la hoja que había clavado, la mano sobre su boca mientras asentía y canturreaba con voz de madre para hacerlo callar, esperando a que terminara.

El hombre le dio un manotazo en la mejilla, al tiempo que el hedor de su aliento y su mierda llenaba la estancia. Y en ese instante hubo un atisbo de aquello, un horror que engendraba piedad, pese a que el hombre merecía aquel final y cien más como ese. La chica retiró su filo del cuello y lo hundió en el pecho, y notó calor en las manos, que manaba y se escurría mientras todos los músculos del

hombre se tensaban. Él le agarró los nudillos, suspiró con su muerte y terminó desinflado debajo de ella, blando, extinguido y laxo.

A horcajadas sobre él, la chica respiró hondo. Saboreó la sal y el rojo. Suspiró.

Bajó rodando y arrugó las sábanas a su alrededor. Al tocarse la cara, la chica encontró humedad, calor. Le manchaba las manos y los labios.

Sangre.

—Escúchame, Niah —susurró—. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

El gato que era sombras la observaba desde el cabezal de la cama. La observaba como sólo pueden hacerlo quienes no tienen ojos. No dijo ni una palabra.

No hacía falta.

Luz de soles amortiguada en su piel. Pelo azabache, empapado en sudor y cayendo sobre los ojos. Se subió sus calzas de cuero, se pasó una camisa gris mortero por la cabeza y se puso sus botas de piel de lobo. Dolorida. Manchada. Pero, de algún modo, orgullosa de estarlo. Sintiendo algo parecido a la satisfacción.

—La habitación está pagada para toda la nuncanoché —había dicho—, si la quieres.

El dulcechico la miró desde el otro lado de la cama, con la cabeza apoyada en el codo.

—¿Y mi paga?

Ella señaló un monedero que había al lado del espejo.

—Eres más joven que mis habituales —había dicho él—. No me caen muchas primeras veces.

Entonces la chica se miró en el espejo: piel pálida y ojos oscuros. Más joven de lo que cabría esperar por su edad. Y aunque las pruebas que demostraban lo contrario seguían secándose en su piel, por un momento aún le costó pensar en sí misma como en nada más que una niña. En algo débil y tembloroso, algo que dieciséis años en aquella ciudad no habían logrado atemperar.

Se había metido la camisa dentro de las calzas. Había comprobado la máscara de arlequín en su capa. El estilete en el cinturón. Brillante y afilado.

El verdugo no tardaría mucho en salir de la taberna.

—Tengo que irme —había dicho.

—¿Puedo hacerte una pregunta, mi dona?

—Pregunta.

—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—¿Por qué no?

—Eso no es una respuesta.

—Crees que debería haberme reservado, ¿es eso? ¿Que soy un presente para otorgar y ahora se ha echado a perder para siempre?

El chico no dijo nada y siguió mirándola con aquellos ojos tan profundos. Hermoso como un retrato. La chica sacó un cigarrillo de una pitillera de plata. Lo encendió con una vela. Aspiró fuerte.

—Sólo quería saber cómo era —dijo después—. Por si muero. —Se encogió de hombros y exhaló gris—. Ahora lo sé.

Y caminó al interior de las sombras.

Luz de soles amortiguada en su piel. Capa gris mortero fluyendo desde sus hombros, convirtiéndola en una sombra a la luz mortecina. Estaba bajo un arco de mármol en la *piazza* del Rey Mendigo. El tercer sol pendía sin rostro del cielo, secando los recuerdos del final del verdugo en las manchas de sangre de sus manos. Secando los recuerdos de los labios del dulcechico en las manchas de sus calzas. Dolorida. Suspirando. Pero, de algún modo, orgullosa de estarlo. Sintiendo algo parecido a la satisfacción.

—No has muerto, por lo que veo.

El viejo Mercurio la miraba desde el otro lado del arco, con el tricornio calado en la frente y un cigarrillo en los labios. Por algún motivo, parecía más pequeño. Más delgado. Más viejo.

—No porque no lo intentaran —respondió la chica.

Entonces la chica lo miró: manos manchadas y ojos decrepitos. Más viejo de lo que cabría esperar por su edad. Y aunque las pruebas que demostraban lo contrario hacían costras en su piel, por un momento aún le costó pensar en sí misma como en nada más que una niña. En algo débil y tembloroso, algo que seis años bajo la tutela de Mercurio no habían logrado atemperar.

—Tardaré mucho tiempo en volver a verte, ¿verdad? —le preguntó—. Puede que nunca volvamos a vernos.

—Ya lo sabías —repuso él—. Tú lo elegiste.

—No estoy segura de que en algún momento tuviera elección.

Abrió el puño y tendió un monedero de piel de oveja. El anciano tomó la ofrenda y contó lo que contenía con un dedo manchado de tinta. Ensangrentados. Tintineantes. Veintisiete dientes.

—Parece que el verdugo perdió unos cuantos antes de que llegara yo —explicó ella.

—Lo entenderán. —Mercurio lanzó los dientes de vuelta a la chica—. Preséntate en el decimoséptimo muelle antes de la sexta campanada. Un bergantín dweymeri llamado *Pretendiente de Trelene*. Es una nave libre, que no navega bajo bandera itreyana. Te llevará a partir de ahí.

—A un lugar donde no puedes seguirme.

—Te he entrenado bien. Esto es para ti sola. Cruza el umbral de la Iglesia Roja antes del primer giro de séptimus o no lo cruzarás jamás.

—Entendido.

El afecto relució en unos ojos reumáticos.

—Eres la mejor discípula que he enviado jamás al servicio de la Madre. En ese lugar extenderás tus alas y volarás. Y sí que volverás a verme otra vez.

La chica sacó el estilete de su cinturón. Lo ofreció sobre su antebrazo, con la cabeza inclinada. La hoja estaba trabajada a partir de hueso de tumba, blanca, brillante y

dura como el acero, y la empuñadura tenía la forma de un cuervo volando. Los ojos de ámbar rojo brillaron a la luz de soles escarlata.

—Quédatelo. —El anciano sorbió por la nariz—. Es tuyo de nuevo. Te lo has ganado. Por fin.

La chica movió el puñal para contemplarlo desde todos los ángulos.

—¿Debería ponerle nombre?

—Podrías, supongo. Pero ¿con qué objeto?

—Bueno, podría usar el mismo estilete. —Tocó la punta del arma—. Y tallarlo en cualquier parte.

—Oh, hilarante. ¿No te pasas un poco de lista?

—Todas las grandes hojas tienen nombre. Es así y ya está.

—Gilipolleces. —Mercurio cogió la daga y la sostuvo entre ellos—. Poner nombre a tu hoja es la clase de chorrada que se reserva para los héroes, chica. Para hombres sobre los que se componen canciones, se deforman historias y en cuyo honor se pone su nombre a los niños. Tú y yo recorreremos el camino de la sombra. Y si danzas en él como es debido, nadie sabrá jamás tu nombre, así que no digamos ya el del pinchacerdos que llevarás al cinto.

»Serás un rumor. Un susurro. El pensamiento que despierta a los hijos de puta de este mundo sudando en plena nuncanoché. Lo último que vas a ser jamás en este mundo, chica, es la heroína de alguien. —Mercurio le

devolvió el estilete—. Pero sí que serás una chica que los héroes teman.

Ella sonrió, con una tristeza repentina y terrible. Se quedó un momento más. Se inclinó hacia el anciano. Regaló a las mejillas de papel de lija un suave beso.

—Te echaré de menos —dijo.

Y caminó al interior de las sombras.

CAPÍTULO 2

Música

El cielo lloraba.

O eso le había parecido a ella. La niña sabía que el agua que caía de la mancha de color carbón que había encima se llamaba «lluvia». Acababa de cumplir los diez años, pero tenía edad suficiente para saber eso. Y aun así, se le antojaba que caían lágrimas de aquella cara gris de algodón de azúcar. Gélidas en comparación con las suyas, y sin sal ni punzadas de dolor dentro; pero sí, no cabía duda de que el cielo lloraba.

¿Qué otra cosa podía haber hecho en un momento como aquel?

Había estado de pie en el Espinazo, sobre el foro, con brillante hueso de tumba a sus pies y el viento frío en el pelo. Se había congregado gente en la piazza de abajo, todos bocas abiertas y puños cerrados. Tan apelotonados en torno al tablado que ocupaba el centro del foro que la niña se había preguntado qué pasaría si lo tiraban, si en ese caso permitirían que los prisioneros que había en él volvieran a casa.

Oh, ¿verdad que sería maravilloso?